

Narrativa del Acantilado, 138
ENCICLOPEDIA DE LOS MUERTOS

DANILO KIŠ

ENCICLOPEDIA
DE LOS MUERTOS

TRADUCCIÓN DEL SERBIO
DE NEVENKA VASILJEVIĆ

BARCELONA 2008



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Enciklopedija Mrtvih*

Publicado por:

A C A N T I L A D O

Quaderns Crema, S. A., Sociedad Unipersonal

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona

Tel.: 934 144 906 - Fax: 934 147 107

correo@acantilado.es

www.acantilado.es

© Estate of Danilo Kiš

© de la traducción, 2008 by Nevenka Vasiljević Stanković

© de esta edición, 2008 by Quaderns Crema, S. A.

Todos los derechos reservados:

Quaderns Crema, S. A.

En la cubierta, fotomontaje de Sergi Godia

ISBN: 978-84-96834-59-0

DEPÓSITO LEGAL: B. I.648 - 2008

AIGUADEVIDRE *Gràfica*

QUADERNS CREMA *Composició*

ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *mayo de 2008*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

Simón el Mago

9

Honras fúnebres

32

La Enciclopedia de los muertos (toda una vida)

42

La leyenda de los durmientes

73

El espejo de lo desconocido

100

La historia del maestro y del discípulo

114

Es glorioso morir por la patria

124

El libro de los reyes y de los tontos

131

Sellos rojos con la efigie de Lenin

176

Post scriptum

191

Ma rage d'aimer donne sur la mort
Comme une fenêtre sur la cour.

(Mi ansia de amar se abre a la muerte
Como una ventana a un patio).

GEORGES BATAILLE

SIMÓN EL MAGO

I

Diecisiete años después de la muerte y milagrosa resurrección de Jesús de Nazaret, por los caminos polvorientos que atraviesan Samaria y que, escondiéndose bajo arenas caprichosas, van a perderse en el desierto, aparece aquel al que sus discípulos llamaban *el Mago*, Simón *el Mago*, y al que sus enemigos apodaban con desprecio *el Borborita*.¹ Algunos aseguraban que había venido de Guita, una aldea perdida de Samaria, otros que era de Siria o de Anatolia. Hay que reconocer que él mismo contribuía a esta confusión, porque a la inocente pregunta sobre su origen contestaba con un amplio movimiento del brazo en el que cabían tanto el primer pueblo vecino como medio horizonte.

Era fuerte, de estatura media, sus cabellos negros y rizados empezaban a escasear, descubriendo la coronilla, mientras que la barba, también rizada y descuidada, se iba encaneciendo. Tenía la nariz huesuda y corva; su perfil era como el de una oveja. Uno de sus ojos era más grande que el otro, lo que daba a su cara una expresión un poco sarcástica. En la oreja izquierda llevaba un pendiente de oro: una serpiente mordeándose la cola. Ceñía su cintura con varias vueltas de una cuerda de lino que a la vez le servía para sus números de circo: esta cuerda se enderezaba de repente y él, ante los ojos maravillados de los espectadores, la escala-

¹ Los borboritas eran una secta gnóstica. Kiš se extiende sobre el tema en el post scriptum de esta edición. (*Salvo allí donde se indique, las notas son de la traductora*).

ba como un mástil. O bien la ataba al cuello de algún novillo al que degollaba luego de un solo golpe de espada, pronunciando una fórmula mágica. Por un momento, la cabeza y el cuerpo yacían separados sobre la arena del desierto; el Mago pronunciaba entonces aquella misma fórmula mágica al revés, y la cabeza se juntaba con el cuerpo, mientras la cuerda de lino se quedaba en el suelo. Simón desataba el nudo y volvía a atarse la cuerda a la cintura, salvo si alguno de los espectadores deseaba verificar la composición de la fibra. Simón le tendía entonces un cabo de la cuerda, tiesa como si se tratara de un palo; en cuanto el desconfiado la agarraba, la cuerda volvía a estar lasa y caía al suelo levantando una polvareda.

Dominaba el griego tanto como el copto, el arameo, el hebreo y los diversos dialectos locales, a pesar de que sus enemigos aseguraban que hablaba cada uno de estos idiomas con acento extranjero. Simón no hacía mucho caso a estas malas lenguas; hasta se tenía la impresión de que él mismo las alentaba. Cuentan que era vivo de imaginación, además de un excelente orador, sobre todo cuando se dirigía a sus discípulos y adeptos o ante las masas que atraía. «Entonces, los ojos le brillaban como estrellas», decía uno de sus discípulos. «Su voz era la de un loco, y su mirada lúbrica», comentaba uno de sus adversarios.

En los caminos enmarañados que llevan de Oriente a Occidente y de Occidente a Oriente, Simón el Mago encuentra una multitud de predicadores; sus sendas a menudo se entrecruzan. Los discípulos de Juan y Pablo, y Juan y Pablo mismos, divulgan por el mundo la palabra de Jesús de Nazaret, cuya memoria vive todavía en Palestina, en Judea y en Samaria. Simón descubre con frecuencia las huellas de sus sandalias a la entrada de los pueblos. El pueblo está silencioso para esta hora del día, se oyen los ladridos

de un perro y los balidos sonoros de las ovejas. Y entonces, como otro balido más, se percibe una voz masculina, clara y rotunda, aún no del todo inteligible; son los apóstoles que, encaramados sobre barriles desvencijados, predicán la perfección del mundo y la Creación divina. Tras esperar a que se alejen, escondido a la sombra de alguna cabaña, Simón se adentra en el pueblo detrás de ellos, antes de que la muchedumbre se haya disuelto del todo.

Entonces él también empieza a predicar, rodeado de su propio séquito. Harta de las palabras de los apóstoles, la gente del pueblo se agrupa con desgana.

—Acabamos de despedir a Pablo y a Juan—le dicen—, ya tenemos palabras para todo el año.

—Yo no soy un apóstol—dice Simón—, yo soy uno de los vuestros. Ellos os ponen la mano en la cabeza para que os inspire el Espíritu Santo; yo os tiendo la mano para sacaros del polvo.—Entonces alza los brazos, y por sus anchas mangas, que caen en amplios pliegues, aparecen sus bellas manos blancas y sus dedos, finos como sólo los poseen los perezosos y los ilusionistas—. Ellos os ofrecen—sigue Simón—la salvación eterna. Yo os ofrezco conocimiento y desierto. Que quienes lo deseen se unan a mí.

El pueblo se había acostumbrado a los más diversos vagabundos que venían de todas partes, sobre todo desde Oriente, ya solos, ya de dos en dos, o seguidos por una multitud de fieles. Algunos dejaban sus mulas y sus camellos a la entrada del pueblo, al pie de una montaña o en el valle vecino, otros llegaban con una escolta armada (y sus sermones parecían más bien amenazas, o una comedia); otros cabalgaban sobre mulas y sin apenas desmontar empezaban sus números de acrobacia. Pero en los últimos quince años, desde la muerte de cierto Nazareno, empezaron a llegar hombres jóvenes y sanos que, con la barba bien

cuidada o todavía imberbes, cubiertos con capas blancas y con un bastón de pastor en la mano, se llamaban a sí mismos apóstoles e hijos de Dios. Sus sandalias estaban sucias del polvo del largo viaje y todos sus discursos se parecían, como si hubiesen estudiado del mismo libro; hacían todos referencia al mismo milagro del que habían sido testigos: aquel Nazareno había convertido ante sus ojos el agua en vino y había alimentado a todo un pueblo con unas pocas sardinas. Algunos aseguraban haberle visto ascender al cielo ante sus propios ojos, envuelto en una luz deslumbrante, y alcanzar las alturas como lo habría hecho una paloma. Los ciegos que llevaban de testigos afirmaban que fue esta luz la que les quemó la vista, pero también la que les dio la iluminación espiritual.

Y todos ellos se llamaban hijos de Dios e hijos del Hijo de Dios. Prometían la vida eterna y la beatitud a cambio de un mendrugo de pan y de un jarro de vino, y cuando la gente les cerraba la puerta, echándoles perros peligrosos encima, la amenazaban con el infierno eterno, donde el cuerpo se quema a fuego lento, como el cordero en el asador.

Entre estos predicadores había también buenos oradores que sabían dar al pueblo desconfiado y a las autoridades aún más desconfiadas respuestas a muchas preguntas enrevesadas, no sólo acerca del alma, sino también del cuerpo, de los cultivos y del ganado. A los jóvenes les curaban los granos; a las vírgenes les daban consejos de higiene para preservar su virginidad y para que la soportaran mejor; a los ancianos les daban la receta de cómo prepararse para la llegada de la muerte, qué palabras pronunciar en el último instante, cómo colocar las manos para caber mejor por el estrecho pasaje que lleva a la luz; a las madres les aconsejaban cómo salvar a su progenie ahorrando en curanderos y remedios caros, o cómo preservar a sus hijos de las expe-

diciones de guerra; enseñaban a las mujeres estériles oraciones claras y simples que debían recitar tres veces al día, en ayunas, para que el Espíritu Santo—así lo llamaban—fecundara sus entrañas.

Y todo lo hacían gratuitamente, sin cobrar un céntimo, si no se considera como pago el mendrugo de pan que aceptaban con gratitud o el cubilete de agua fría que bebían a pequeños tragos, murmurando unas palabras incomprensibles. De este modo se sucedían estos predicadores, llegados de distintos lugares del mundo, con distintas costumbres e idiomas, con barba o sin ella; pero todos decían más o menos lo mismo: lo que uno anunciaba, otro lo confirmaba, sólo se multiplicaban los detalles, y, a pesar de variar lo mínimo, la *historia* de los milagros y la resurrección de este Nazareno empezaba a ganar en autenticidad. Los pueblos de Judea, de Samaria y de Anatolía ya estaban acostumbrados a estos pacíficos jóvenes de sandalias polvorientas, que llevaban los brazos cruzados sobre el pecho, tenían una voz virginal y cantaban con los ojos alzados hacia el cielo. Les daban agua fría y un mendrugo de pan, y ellos les agradecían y les prometían la vida eterna a cambio, describiéndoles el paisaje maravilloso ante el que se encontrarían después de la muerte: allá, ni desierto ni arena, ni serpientes ni arañas, sino solamente palmeras de hojas anchas, manantiales de agua fresca a cada paso, hierba hasta las rodillas, e incluso más alta, el sol brillando suavemente, noches como días, y días eternos; allá, las vacas pastan, las cabras y las ovejas pacen en las dehesas, las flores huelen bien en cualquier estación del año; allá la primavera es eterna, no hay cuervos ni hay águilas, sino tan sólo ruiseñores que cantan todo el día. Y así sucesivamente.

Este cuadro de los jardines del Edén, que al principio a todos parecía ridículo e imposible—¿se ha visto alguna vez

que el sol brille eternamente, que no haya dolor ni muerte—, lo describían estos jóvenes de tiernos ojos azules con tal convicción y tan inspirados, que el pueblo empezó a creerles. Cuando una mentira es repetida durante largo tiempo, la gente empieza a creerla. Porque la gente necesita la fe. Muchos jóvenes se calzaron sandalias de largas correas y los siguieron. Algunos de ellos volvían a su pueblo al cabo de un año o dos, otros de diez. Estaban agotados por el largo viaje, sus barbas estaban salpicadas de blanco. Ahora también ellos hablaban en voz baja, los brazos cruzados sobre el vientre. Contaban de Sus milagros, de Su doctrina, predicaban extrañas leyes, despreciaban los placeres de la carne, se vestían con modestia, comían con moderación, bebían vino alzando la copa con las dos manos. Solamente estallaban con inesperada violencia si alguien les contradecía, si alguno expresaba cualquier duda respecto a Su doctrina y a Sus milagros; si alguno, ¡pobre de él!, cuestionaba la vida eterna y los jardines del Edén. Entonces le pintaban con palabras vivas y ardientes, palabras encendidas y amenazadoras, los castigos de la expiación eterna. «Que los dioses os guarden—escribió un pagano—de su mala lengua y de sus blasfemias».

Sabían usar con los escépticos la adulación y las promesas, la corrupción y las amenazas, y cuanto más se extendía su poder y crecía el número de fieles, más violentos y arrogantes se volvían. Chantajeaban a las familias, sembraban la confusión en los espíritus, tejían intrigas contra todos aquellos que expresaban la más mínima duda sobre su doctrina. Tenían sus propios provocadores, agitadores y tribunales secretos, ante los cuales fulminaban anatemas y dictaban condenas, quemaban los escritos de sus adversarios y lanzaban blasfemias contra los que se mostraban recalcitrantes. La gente se unía a ellos en número cada vez

mayor, porque recompensaban a los fieles y castigaban a los rebeldes.

Es, pues, en esta época cuando aparece Simón, llamado *el Mago*.

Él proclama que el Dios de los apóstoles es un tirano, y que un tirano no puede ser Dios para el hombre sensato. Este Dios, este Jehová, este Elohim, se ha ensañado contra la humanidad, la ahoga, la acuchilla, le manda enfermedades y fieras, serpientes y tarántulas, leones y tigres, rayos y truenos, peste, lepra, sífilis, tormentas y tempestades, sequías e inundaciones, pesadillas e insomnios, penas de juventud e impotencia en la vejez. Puso a nuestros bienaventurados antepasados en los jardines del paraíso, pero los privó de la fruta más dulce, la única que el hombre merece, la única que hace al hombre distinto del perro, del camello, del burro y del mono: el conocimiento del bien y del mal.

—Y cuando estos desgraciados antepasados nuestros, picados por la curiosidad, quisieron alcanzar esta fruta, ¿qué es lo que hizo aquel Elohim suyo, vuestro, justo, grande, todopoderoso? ¿Qué?—vocifera Simón, balanceándose sobre un barril desvencijado—. Vosotros lo sabéis muy bien, lo sabéis. (Os lo predicán todos los días vuestros apóstoles, Sus sirvientes y esclavos). Él los ha echado como si se tratase de apestados y de leprosos, los ha echado sin piedad, con la espada de fuego. Y, ¿por qué? Porque es un Dios de maldad, de envidias y celos.

»En vez de la libertad, predica la esclavitud; en lugar de la rebeldía, la obediencia; la abstinencia en vez de la voluntad; en vez del conocimiento, el dogma... ¡Oh, pueblo de Samaria!, ¿acaso no ha destruido vuestras casas este rencoroso Dios vuestro? ¿Acaso no se ha llevado de vuestro pueblo decenas de leprosos? ¿Acaso no ha devastado vuestros hogares, hace apenas un año, con una peste te-

rrible? ¿Cómo es, pues, este Dios, este Justo, como dicen vuestros apóstoles, que aún es capaz de vengarse de nosotros por el supuesto pecado cometido por nuestros antepasados? ¿Cuán justo es éste, que envía la peste, rayos y truenos, enfermedades, miseria y desgracias, sólo porque nuestros antepasados, empujados por la curiosidad, este fuego vivo que da a luz el conocimiento, se atrevieron a coger la manzana? Esto, pueblo de Samaria, no es un Dios, es un ser rencoroso, un malvado y un bandido que, con sus legiones de ángeles armados hasta los dientes, pertrechados con espadas de fuego y flechas envenenadas, se ha detenido en medio de vuestros caminos. Cuando vuestros higos maduran, manda sobre ellos enfermedades, cuando maduran vuestras aceitunas, envía tempestades que las hacen caer al suelo, granizo que las entierra y las convierte en barro. Cuando paren vuestras ovejas, envía sobre ellas la peste, o lobos, o tigres para devastar vuestros establos; cuando os nace un niño, le envía espasmos para quitarle la vida. ¿Cómo es este Dios; quién, este falso Justo que hace todo esto? No, éste no es Dios, éste no es el que está en los cielos, éste no es Elohim. Es otro. Pues Elohim, creador del cielo y de la tierra, del hombre y de la mujer, de la serpiente y del pájaro, creador de todo lo vivo, el que ha alzado las montañas sobre el mar, el que ha hecho los mares, los ríos y los océanos, la hierba verde y la sombra de la palmera, el sol y las lluvias, el aire y el fuego, éste es Elohim, Dios de la Justicia. Y aquél, cuyo dogma predicán ante vosotros Pedro y Juan y Pablo y sus discípulos, es el bandido y asesino. Y todo lo que os dicen de él y de su reino Juan y Pablo, Santiago y Pedro, todo eso es mentira, ¡escúchame bien, pueblo de Samaria! Mentira es su tierra prometida, mentira su Dios, mentira son sus milagros. Ellos mienten, pues también es mentira su Dios, en cuyo nombre juran; por eso

ellos mienten en cada momento, y, atrapados en un enorme engranaje de mentiras, ya ni ellos mismos saben que mienten; no miente nadie. Donde todo es mentira, nada es mentira. El reino de los cielos, el reino de la justicia, es mentira. Cada uno de los atributos de su Dios es una mentira. Justo: mentira. Equitativo: mentira. Único: mentira. Inmortal: mentira. Sus libros también son mentiras, porque prometen mentiras, prometen el paraíso, y el paraíso es mentira porque está en sus manos, porque ellos están en la puerta del paraíso con sus ángeles armados de espadas de fuego y sus jueces con falsas balanzas.

El pueblo le escuchaba con indiferencia y desconfianza, tal como el pueblo escucha a los demagogos: buscando un sentido escondido detrás de las oscuras palabras. Porque el pueblo se había acostumbrado al hecho de que los poderosos, los gobernadores y los fariseos escondieran imposuras, amenazas y exacciones bajo adulaciones y promesas. Esperaban, pues, que éste también se descubriera, que dijera al fin por qué había venido, la razón de estas vanas palabras, de todo este confuso discurso, desprovisto de claridad y sentido. Por eso le seguían escuchando. Acabaría, al menos lo esperaban, por ilustrar sus turbias palabras con algún número de acrobacia o de magia.

—El reino de los cielos descansa sobre los cimientos de la mentira—continúa Simón, mirando al despiadado sol—y su techo tiene dos vertientes, la propia mentira y la ilusión. Y sus escritos están hechos de falsas palabras y de falsas leyes, cada ley es una mentira: diez leyes, diez mentiras... ¡Que su Elohim sea un tirano vengativo y tan mezquino como un viejo amargado no les basta, sino que encima tenéis que venerarle, que caer postrados ante Él, no podéis pensar en

otra cosa que no sea Él! ¡Que a este tirano le llaméis el Único, el Todopoderoso y el Justo! y ¡que os sometáis a Él sólo! ¡Oh, pueblo de Samaria! ¿Quiénes son estos charlatanes que vienen a visitarte, que te llenan los oídos de mentiras y falsas promesas? Ellos se han otorgado todos Sus favores, y exigen de vosotros que os sometáis sin rechistar, que aportéis todas las desgracias de la vida, heridas, enfermedades, terremotos, inundaciones, peste, y que, además, no blasfeméis. ¿Por qué si no os prohibirían mentarle? ¡Mentira es, os lo digo, pueblo de Samaria, todo lo que predicán ante vosotros Pedro y Pablo, todo eso no es más que ilusión y mentira de sus discípulos, no es más que una terrible falacia! Por eso «¡no matarás!», pues ¡matar es su tarea, la del Único, Todopoderoso y Justo! ¡Lo suyo es acuchillar y matar niños de cuna, madres dando a luz y viejos sin dientes! Ése es su trabajo y por eso «¡no matarás!». ¡De eso se ocupan Él y Sus sirvientes! ¡Son los únicos que se dedican a ello! ¡Ellos están destinados a ser los lobos, y vosotros a ser ovejas! Por eso, pueblo de Samaria, ¡sometete a sus leyes! De ahí: «no cometerás adulterio», ¡para que puedan llevarse ellos la flor de tus hijas! Y por eso, «no codiciarás los bienes de tu prójimo», ¡pues no tienes nada que envidiarle! Ellos lo exigen todo de ti, el alma y el cuerpo, el espíritu y el pensamiento y, a cambio, te hacen promesas; por tu sumisión, tu rezo y tu silencio de hoy, te dan un arco iris de mentiras y promesas y te auguran un futuro, un futuro que no existe.

Simón no se ha percatado, o ha hecho como si no se percatara, de que la gente ya se ha marchado y que sólo le escuchan los que se proclaman discípulos suyos, mientras Sofía, su fiel compañera, le enjuga la frente y le tiende una jarra de agua que, pese a haber estado profundamente enterrada en la arena, ya se halla tibia.

Sofía era una mujer de unos treinta años, menuda, de

cabellera exuberante y ojos negros como arándanos. Sobre una túnica clara y transparente llevaba pañuelos multicolores de seda, sin duda comprados en la India. Los discípulos de Simón hablaban de ella como de la personificación de la sensatez y de la belleza femenina en su madurez, mientras que los peregrinos cristianos hacían correr respecto a ella todo tipo de rumores: que era una coqueta, una libertina, una provocadora, una zalamera y una golfa que había encontrado la merced de su compañero precisamente en un burdel de Siria. Simón no lo negaba. Su anterior sino de esclava y prostituta le servía de ejemplo evidente; de ejemplo y de moral para ilustrar la tiranía de Jehová y la crueldad de este mundo. Este ángel caído, esta oveja descarriada, afirmaba, no era sino una víctima de la crueldad de Dios, un alma pura, prisionera de la carne. Su espíritu se mudaba desde hacía siglos, como de jarra a jarra, de un cuerpo a otro, de una apariencia a otra. Era la hija de Loth, y era Raquel y era la bella Helena. (Los griegos y los bárbaros habían admirado, entonces, a una apariencia, y vertido la sangre por un fantasma). Su última encarnación era esta prostituta de un lupanar de Siria.

—Y entre tanto...—sigue Simón, escupiendo otro trago de agua tibia, porque acaba de ver a un grupo de peregrinos vestidos con capas blancas surgiendo de entre las sombras de las casas, entre quienes ha reconocido a Pedro y a los otros discípulos, armados con cayados—, y entre tanto, bajo el sombrío manto del cielo, entre las oscuras murallas de la tierra, en la cárcel de la existencia, despreciad la riqueza, como ellos os enseñan, rechazad los placeres de la carne, despreciad a la mujer, esta copa de néctar, esta urna de felicidad, en nombre de sus falsos paraísos, y por miedo de su falso infierno, como si el infierno no fuera más bien toda esta vida...

—Algunos optan por el reino de la tierra y otros por el reino de los cielos—ha dicho Pedro, con las manos descansando sobre su cayado.

—Sólo el que ha tenido la riqueza puede despreciar la riqueza—dice Simón, abriendo mucho los ojos y clavándole la mirada—. Y admirar la pobreza, el que ha sido pobre; rechazar los placeres de la carne, sólo quien los ha probado.

—El Hijo de Dios ha conocido el sufrimiento—ha dicho Pedro.

—Sus milagros son la prueba de Su justicia—lanza uno de los discípulos de Pedro.

—Los milagros no son ninguna prueba de justicia—ha contestado Simón—. Los milagros le sirven de prueba última sólo al pueblo crédulo. Esta moda ha sido introducida por vuestro infeliz Judío, que acabó en la cruz.

—Sólo puede hablar de esta forma el que posee un poder como el Suyo—ha replicado Pedro.

Simón salta entonces, de repente, de su barril desvencijado, y se encuentra frente a frente con su provocador.

—Ahora mismo voy a subir al cielo—dice Simón.

—Eso habría que verlo—ha contestado Pedro, y su voz ha temblado.

—Sé hasta dónde llega mi poder—dice Simón—y sé que no puedo alcanzar el séptimo cielo. Pero visitaré los otros seis. El séptimo sólo puede alcanzarlo el pensamiento. Pues ahí todo es luz y felicidad. Y la felicidad no le ha sido dada al hombre mortal.

—Basta de habladurías—ha dicho uno de los discípulos de Pedro—. Si alcanzas aquella nube, sabremos respetarte como respetamos al Nazareno.

Enterándose de que cerca del pueblo, al pie del gran olivo, ocurren cosas raras, y de que, por lo visto, aquel char-

latán por fin presentará alguno de sus números de faquir, el pueblo se reúne.

—Vuelve lo antes posible—dice irónicamente un espectador—. Pero déjanos en testimonio alguna prenda.

Simón desata la cuerda de su cintura y la deposita a sus pies.

—Esto es todo lo que tengo.

Y Sofía dice:

—Coge este pañuelo. Allí arriba hace tanto frío como en el fondo de un pozo.

Y le ata el pañuelo al cuello.

—Estos preparativos duran demasiado—dice Pedro.

—Espera a que se ponga el sol para escaparse al abrigo de la noche—añade uno de los discípulos de Pedro.

—Hasta luego—dice Simón, y besa a Sofía en la frente.

—Adiós—dice uno de los discípulos de Pedro—. Y, ¡ten cuidado, no te resfríes!

Simón salta de repente, como un gallo, con los pies juntos, agitando torpemente los brazos, y el polvo se levanta bajo sus sandalias.

—¡Quiquiriquí!—grita un gracioso. Es un joven imberbe, de mirada maliciosa, cuyos ojos se transforman en dos hilos oblicuos al reír.

Simón mira en su dirección y dice:

—¡No es tan fácil, hijo! Todo cuerpo, incluso una pluma, es atraído por la tierra. ¡Imagínate lo que pasará con una ruina humana de unos cuarenta kilos!

A Pedro le ha costado aguantar la risa ante este discurso; la ha ocultado entre sus barbas.

—Si supieras volar como sabes filosofar—dice el gracioso—, ya habrías alcanzado las nubes.

—Reconozco que es más fácil filosofar que volar—dice

Simón con voz triste—. Incluso tú sabes charlatanear, aunque nunca, en tu vida miserable, te hayas despegado más de un metro de la tierra. Y ahora, déjame hacer acopio de fuerzas, reunir mis pensamientos en un solo foco, concentrarme con toda mi energía en el horror de la existencia en la tierra, en la imperfección del mundo, en las miríadas de vidas truncadas, en las fieras que se matan entre ellas, en la serpiente que pica al cervatillo que rumia a la sombra, en lobos que degüellan corderos, en mantis religiosas que matan a sus machos, en abejas que mueren tras el picotazo, en el dolor de las madres que nos dan a luz, en los gatitos ciegos que los niños tiran al río, en el terror de los peces en las entrañas del cachalote, en el terror del cachalote encallado en la orilla, en la tristeza del elefante al morir de vejez, en la efímera alegría de la mariposa, en la engañosa belleza de la flor, en la breve quimera de la unión amorosa, en el espanto del semen derramado, en la impotencia del tigre viejo, en la podredumbre de los dientes en la boca, en la infinidad de hojas muertas que tapizan los bosques, en el miedo del pajarillo recién nacido al que su madre echa del nido, en el sufrimiento infernal del gusano que arde al sol como a la llama, en el dolor de la despedida amorosa, en el terror de los leprosos, en la espantosa metamorfosis de los senos de mujer, en las heridas, en el dolor de los ciegos...

Y de pronto vieron cómo el cuerpo mortal de Simón el Mago se despegaba de la tierra, cómo se fue alzando, cada vez más hacia arriba, rígido, los brazos moviéndose ligeramente, como aletas de pez, apenas, casi imperceptiblemente, la barba y los cabellos flotando en este lento vuelo, en este planeo.

En el silencio que de repente se hizo no se oyó ni un solo grito, ni un solo suspiro. La muchedumbre estaba de pie, como petrificada, con los ojos mirando fijamente al cie-

lo. Incluso los ciegos giraban sus escleróticas vacías hacia los cielos, pues por el silencio repentino habían entendido lo ocurrido, hacia dónde había dirigido la masa su mirada, hacia dónde estaban vueltas todas las cabezas.

Pedro también estaba de pie, petrificado, la boca abierta de estupefacción. Él no creía en milagros que no fueran los milagros de la religión, y el milagro no podía llegar más que de Él, el único Mago, el que convirtió el agua en vino; todo lo demás no eran sino trucos, artimañas de hilos invisibles. El milagro había sido dado sólo a los cristianos, e incluso entre los cristianos, sólo a aquellos cuya fe era dura como la piedra, como lo era la suya.

Vacilando un instante, asustado por la ilusión—porque eso no podía ser otra cosa que la ilusión de los sentidos, de la magia de las ferias egipcias—, se frotó los ojos, y miró el sitio donde estaba antes (donde debía estar, pues, aún) Simón el Mago. Pero ahí no estaba, ahí estaba sólo aquella cuerda de lino enrollada como una serpiente, y el polvo depositándose con lentitud, el polvo que había levantado Simón al saltar como un gallo torpe, agitando sus brazos como si fueran alas recortadas. Luego elevó lentamente sus ojos en la dirección en la cual la gente levantaba las cabezas y vio de nuevo al Mago. Su silueta se discernía claramente debajo de una nube blanca, ahora parecía un águila enorme; pero aquello no era un águila, era un hombre, y se reconocían todavía claramente sus brazos de hombre, y sus piernas de hombre, y su cabeza de hombre, aunque, con la mano en el corazón, no se podía decir que aquel hombre que se acercaba a la nube fuera precisamente Simón, llamado *el Mago*, porque los rasgos de su cara ya no podían reconocerse.

Miraba aquella nube blanca, parpadeando para librarse de la ilusión que tenía engañado a todo el mundo. Porque si aquella silueta negra que se acercaba a la nube y al cielo era

realmente Simón, entonces Sus milagros y la verdad de la religión cristiana eran sólo *una de las verdades de este mundo*, y no la única; entonces el mundo era un secreto, entonces la fe era una ilusión, entonces ya no existía un soporte seguro para su vida, entonces el hombre es el mayor secreto, entonces la unidad del mundo y de la creación es una incógnita.

Aquello que—creyendo lo que ven los ojos—debía ser el cuerpo mortal de Simón el Mago había alcanzado ya la nube: era una mancha negra que por un momento se había perdido de vista, pero que ahora, sobre el fondo blanco de una nube baja, se demarcaba de nuevo claramente, para desaparecer luego en una bruma blanca.

El silencio duró sólo un momento más, elevándose a continuación un suspiro de admiración entre la muchedumbre, y la gente se echó al suelo, prosternándose y moviendo las cabezas como en trance. Incluso algunos de los discípulos de Pedro se inclinaron ante este nuevo milagro pagano del que habían sido testigos.

Entonces Pedro cerró los ojos y recitó en hebreo (porque éste es el idioma de los santos, y también para que la masa no le entendiera) la siguiente oración:

—Padre Único, que estás en los cielos, acude en ayuda de mis sentidos deslumbrados por la ilusión terrena, dale a mis ojos la agudeza visual y a mi razón la lucidez necesaria para que pueda escapar a engaños e ilusiones, para permanecer inquebrantable en Tu fe y en mi amor hacia Tu Hijo, el Salvador. Amén.

Y Dios le dijo:

—Sigue mis consejos, oh fiel. Dile al pueblo que la fe es más fuerte que el engaño de los sentidos, dilo en voz alta para que te oigan todos: Dios es Uno y su nombre es Elohim, y el Hijo de Dios es Uno y su nombre es Jesús, y la fe es una y es la fe cristiana. Y éste que ante tus ojos se

ha alzado al cielo, Simón, llamado *el Mago*, desertor de la fe y profanador del dogma de Dios, ciertamente se elevó con la fuerza de su voluntad y la fuerza de sus pensamientos y ahora vuela, invisible, hacia las estrellas, llevado por la fuerza de su duda y de su curiosidad humana, una fuerza que, sin embargo, tiene límites. Y diles en voz alta, para que todos te oigan, que también he sido Yo quien le ha dado esta posibilidad de ser tentado por la curiosidad y la duda, que su poder y su fuerza proceden de Mí, que he sido Yo el que le ha permitido poner a prueba el alma de los cristianos a través de sus milagros, para mostrar a todos que no hay milagro y no hay poder fuera del mío. Diles eso y no tengas miedo.

Pedro entonces abrió los ojos y se subió sobre un montón de estiércol seco, donde revoloteaba un enjambre de moscas, y empezó a decir en voz alta:

—¡Pueeeblooo! ¡Escucha y oye!

Nadie le hizo caso. La gente yacía boca abajo, con la cabeza en el polvo, como yacen las ovejas en días de mucho calor a la sombra de los arbustos.

Pedro volvió a decir en voz alta:

—Pueblo de Samaria, escucha y oye lo que voy a decirte.

Algunas cabezas se levantaron, las de los ciegos las primeras.

—Habéis visto lo que habéis visto, habéis sido víctimas de la ilusión de vuestros sentidos, de este ilusionista y faquir, salido de una escuela egipcia...

—Ha cumplido su palabra—dijo Sofía.

—De aquí a que cuente hasta diez—siguió Pedro sin hacerle caso—su cuerpo se habrá estrellado contra esta tierra que tanto ha despreciado, caerá como una piedra hasta vuestros pies, para no volver a levantarse nunca más del polvo... Porque así lo quiere el único Dios... Uno...